



## Dos años, la historia (I)

---

ENRICO TOMASELLI :: 12/10/2025

Para Tomaselli, la operación reivindicativa llevada a cabo por las fuerzas del gobierno de Hamás el 7 de octubre de 2023, representó la derrota política definitiva del proyecto sionista

Hoy, cuando ya han transcurrido dos años desde aquel fatídico 7 de octubre de 2023, y ahora que el plan de Trump ha abierto un mínimo atisbo de esperanza --no paz todavía para Oriente Medio, pero quizás una tregua para Gaza-- podemos hacer balance, aunque ciertamente no definitivo. Y dado que se trata de un asunto complejo y con muchos matices, esta evaluación inicial se dividirá en dos partes para mayor comodidad. En este artículo, examinaré estos dos años de guerra, tanto política como militarmente, y, sobre todo, lo que ha surgido de ellos.

En un artículo posterior, examinaré la *controvertida cuestión* de la autorización calculada del régimen israelí al ataque palestino para justificar el genocidio posterior. Y trataré de hacerlo no desde una posición preconcebida --a favor o en contra de esta tesis--, sino desde un análisis lo más objetivo posible --y subrayo, lo más objetivo posible-- de la información fiable de que disponemos hoy.

Por ahora me limitaré a observar que, si la Operación *Tormenta de Al Aqsa* efectivamente pudo llevarse a cabo gracias a una decisión del régimen de Tel Aviv, hoy podemos afirmar claramente que en ese caso habría sido la decisión más tonta, más equivocada y más contraproducente de toda la historia de Israel.

Una de las cosas que escribí tras el ataque palestino del 7 de octubre fue que la operación representó la derrota política definitiva del proyecto sionista; y que, en ese momento, solo quedaba esperar la derrota militar. La cual, exactamente dos años después, y precedida por dos acontecimientos fundamentales (el conflicto con Hezbolá, septiembre-noviembre de 2024, y el conflicto con Irán, junio de 2025), ha llegado. En el transcurso de estos dos años, Israel ha destrozado el proyecto sionista, destrozándolo de una manera que hace simplemente imposible reconstruirlo, y cuando cese el impulso cinético del conflicto, la sociedad israelí se verá sacudida hasta sus cimientos por las ondas expansivas de estos dos años.

Cuando los combatientes de la resistencia palestina lanzan su ataque, el contexto geopolítico regional --y no solo eso, pero dejémoslo de lado por ahora-- se caracteriza fundamentalmente por dos elementos. La atención israelí se centra en Cisjordania, que fue y es el corazón del verdadero proyecto expansionista de Tel Aviv, mientras que Gaza se considera más un problema de seguridad que cualquier otra cosa.

No debe olvidarse que la Franja fue ocupada por Israel, que también construyó asentamientos allí, solo para abandonarla en 2005 (cuando la Resistencia aún no era fuerte), precisamente porque se consideraba un *país basura*. Vista desde la capital israelí, Gaza no

era más que un gigantesco campo de concentración al aire libre, periódicamente asaltado por el ejército del régimen para mantener a raya a sus internos. Otro factor es que los *Acuerdos de Abraham* parecen ser el horizonte consolidado hacia el que convergen todos los países árabes, y con ellos se preparaban para enterrar definitivamente, tal vez durante décadas, la cuestión palestina.

En el momento en que las fuerzas de élite palestinas, compuestas por 1.200 hombres, derribaron las vallas y se expandieron más allá del muro, ambos elementos se derrumbaron. Israel tuvo que reenfocar todos sus esfuerzos e intereses en la Franja, que se convirtió en una prioridad sobre Cisjordania, y los Acuerdos de Abraham fueron archivados. La cuestión palestina, que hasta el día anterior parecía zanjada, no solo resurgió con fuerza, sino que se impuso globalmente, superando en impacto, por diversas razones, incluso la guerra de la OTAN contra Rusia en Ucrania.

Es importante destacar aquí que, independientemente del comportamiento de Israel en el conflicto, que no es nuevo, sino que simplemente se ha expandido a mayor escala, lo que comenzó con el ataque palestino tiene una trascendencia global significativamente diferente a lo que comenzó diecinueve meses antes en Europa del Este. Si bien el lanzamiento de la *Operación Militar Especial* rusa, a pesar de su clara motivación antioccidental, todavía parece formar parte de una lógica de confrontación entre grandes potencias, el nuevo estallido del conflicto en Palestina adquiere todas las características de una revuelta contra el dominio colonial y, por lo tanto, *se dirige* a todo el sur global.

Lo que los diversos grupos de la Resistencia afirman, en el mismo momento en que lanzan su ataque sobre territorio *enemigo*, es precisamente la irreductibilidad de la resistencia y la imposibilidad de vencerla, y por tanto, que no hay forma de evadir el asunto, ni de ocultarlo bajo las arenas del desierto, y mucho menos bajo el manto de los negocios que los líderes árabes esperan realizar bajo la apariencia de un acuerdo con Tel Aviv. Y es una ruptura tan radical que conmociona a los líderes israelíes, que no ignoran el profundo significado del ataque, su poderosa trascendencia política.

Y la feroz ira que emana de las reacciones iniciales atestigua no solo su asombro ante lo sucedido, ni ante la magnitud de las bajas (el régimen sabe perfectamente que la mayoría se deben a la aplicación de la *Directiva Aníbal*, que obliga a los militares sionistas a asesinar a rehenes israelíes si hay peligro de que caigan en manos de fuerzas palestinas), sino precisamente su conciencia de las consecuencias *políticas* de esa operación. Todo lo que siguió al 7 de octubre, por parte de Tel Aviv, se puede atribuir, por un lado, a la ira por esas consecuencias y, por otro, a un intento desesperado de subvertir ese resultado, empleando un exceso de ferocidad.

La ausencia total de un plan estratégico, tanto político como militar, para el conflicto en la Franja de Gaza es la constante observada a lo largo de estos dos años, y constituye un elemento adicional que socava la teoría de la planificación. Lo que hemos presenciado es, sin duda, un despliegue prácticamente ilimitado de la potencia de fuego israelí, gracias en parte al suministro continuo e igualmente ilimitado recibido de EEUU, pero sin que esta potencia de fuego se haya dirigido jamás a alcanzar ningún objetivo posible.

Sin entrar en un análisis detallado de las tácticas desplegadas por las *Fuerzas de Defensa*

*de Israel* (FDI), lo cual requeriría explicaciones demasiado detalladas para ser comprensibles para un público no iniciado, basta con considerar que ninguno de los tres objetivos principales de las FDI se ha logrado. Los prisioneros israelíes capturados el 7 de octubre no fueron liberados, salvo mediante negociaciones posteriores, pero muchos murieron a causa de la acción militar israelí. La red subterránea de túneles utilizada por la Resistencia, que aún constituye la infraestructura a través de la cual se llevan a cabo los continuos ataques contra las fuerzas de ocupación, no ha sido desmantelada, salvo de forma muy limitada. Ni la capacidad operativa de las formaciones de combate ni su posibilidad de renovar sus filas se han visto afectadas: los propios servicios de inteligencia israelíes estiman que, gracias a los nuevos reclutas, la fuerza de las distintas brigadas palestinas es esencialmente la misma o mayor que el 7 de octubre.

Incluso con respecto al supuesto plan de genocidio y/o limpieza étnica mediante expulsión, una observación lúcida de los acontecimientos nos dice que probablemente hubo una intención, pero no planificación. Si hacemos una comparación -más allá de las dimensiones cuantitativas-, con el genocidio llevado a cabo por los nazis alemanes, queda claro que este fue cuidadosamente planeado, con una precisión casi *corporativa*, y en el que cada elemento fue dispuesto para encajar adecuadamente en el plan general. En contraste, en el caso en cuestión, todo parece ser el resultado de la fuerza bruta, la violencia pura, el desencadenamiento de instintos bestiales apoyados por una cobertura ideológica mesiánica, pero sin ninguna organización.

Los desplazamientos masivos de la población civil en sí mismos claramente no responden ni a una lógica militar ni a un plan de exterminio, sino que son el resultado evidente del *caos gerencial*, en el que se opera sin tener idea de lo que sucederá al día siguiente. Incluso la idea de expulsar a los palestinos de la Franja parece completamente improvisada, una vez más fruto del capricho y la ira espontánea, pero completamente desprovista de cualquier plan organizativo. La búsqueda de un país dispuesto a acoger a los gazatíes --aunque solo sean unos pocos miles-- se ha llevado a cabo tras el lanzamiento de la operación militar terrestre y, a todas luces, de forma completamente improvisada.

La complejidad de un conflicto para el que ni el ejército ni la sociedad israelí estaban preparados, la fragilidad de una mayoría gubernamental ligada a un equilibrio de poder significativamente *derechista*, y la situación personal del primer ministro Netanyahu --sujeto a varios procesos penales-- han creado una situación en la que, como hemos visto, el ejército que siempre se ha presentado como el más poderoso de la región ha sido incapaz de ganar un conflicto contra varias organizaciones guerrilleras, carentes de sistemas de armamento pesado y completamente rodeados en un área geográfica restringida.

Dos años de guerra feroz, la más larga en la historia del Estado de Israel, no han logrado ningún resultado, ni político ni militar. Por el contrario, todo esto ha otorgado a la Resistencia el aura de una fuerza invencible, ante la cual el régimen sionista debe someterse. Lo que se dijo al principio respecto a que, dos años después del 7 de octubre, la derrota militar se suma a la política, es precisamente esto. Y los acontecimientos de estos días son una clara demostración de ello.

Un repaso de la conflictiva historia del Estado de Israel muestra claramente cómo la

transición que cambió radicalmente el paradigma anterior --a saber, el claro dominio militar de Israel sobre sus vecinos árabes-- marcó el nacimiento de la República Islámica y, más concretamente, el surgimiento, por iniciativa de Teherán y el general Soleimani, del Eje de la Resistencia. No es casualidad que el liderazgo israelí identifique a Irán como su enemigo existencial, uno que debe ser derrotado por completo. Y es en la confrontación con el Eje de la Resistencia, a lo largo de estos dos años, donde se produjeron los momentos cruciales que perfilan y presagian la derrota.

Cuando Israel, en septiembre de 2024, decidió atacar a Hezbolá en el sur del Líbano, su objetivo era hacer retroceder a la Resistencia Islámica Libanesa más allá del río Litani, aproximadamente a 30 kilómetros de la frontera, asegurando así una *zona de seguridad* para los asentamientos coloniales en el norte. Tras meses de ataques mutuos a larga distancia, las FDI rompen su vacilación y cruzan la frontera, precedidas, sin embargo, por el asesinato del líder político-militar de Hezbolá, Hassan Nasrallah, y el infame ataque terrorista con buscapersonas.

A pesar de estos dos ataques exitosos, que en los planes de Israel pretendían desintegrar a Hezbolá, la ofensiva terrestre israelí, llevada a cabo a lo largo de tres ejes, se estancó ante la feroz resistencia de las fuerzas de Hezbolá, que infligieron grandes pérdidas y detuvieron la penetración israelí, que no llegó a más de un kilómetro o dos, en los puntos más avanzados.

Y fue en este punto que entró en juego un *formato* que volveríamos a ver desarrollarse más tarde, y que tenía el propósito muy específico de salvar las apariencias (y las espaldas) de las FDI. *La mediación* occidental, en particular la de EEUU, condujo a un alto el fuego (que Israel más tarde ignoraría en gran medida) que permitió a Tel Aviv congelar un conflicto en el que no solo no estaba logrando sus objetivos, sino que las pérdidas se estaban volviendo demasiado significativas, a pesar de los escasos o nulos resultados. Este es un patrón que veríamos repetido, a una escala diferente, el pasado junio.

Aquí también, con el ataque a Irán, veremos un componente terrorista en acción, operado por una red de agentes construida durante años por el Mosad, que acompañará la fase inicial de la agresión. En este caso, dada también la distancia entre ambos países y sus muy diferentes dimensiones territoriales y demográficas, el objetivo es un *cambio de régimen*; como se revelará más adelante, el Mosad está en contacto con el heredero de la dinastía Pahlevi, a quien prevé llevar al poder tras algún tipo de insurrección interna, que se suponía que seguiría al colapso del Gobierno bajo el impacto del ataque israelí.

Como sabemos, el Gobierno no se derrumba, la población iraní se une al Gobierno y las fuerzas militares de Teherán logran responder a los ataques y, en pocos días, revertir la situación. Tanto es así que Netanyahu se ve obligado a llamar a Trump para pedirle ayuda para poner fin al conflicto negociando un alto el fuego. Y aquí reaparece el *formato* habitual del rescate de Israel, esta vez con una estructura diferente. Washington y Teherán acuerdan intercambiar ataques tímidos, con advertencia mutua, y el conflicto termina.

Y así llegamos al presente. EEUU ha apoyado a Israel como nunca antes. Durante dos largos años, con bombas para lanzar sobre Gaza, proyectiles para tanques y munición para armas pequeñas, permitiendo a las FDI librar la guerra más larga de su historia. Primero Biden, y

luego Trump, le dieron al régimen de Netanyahu todo lo necesario para completar lo que el canciller alemán Merz llamó ignominiosamente «*el trabajo sucio*» que había hecho por nosotros, Occidente. No solo armas, ni solo dinero, ni solo cobertura diplomática y política.

Sobre todo, le dieron tiempo. Pero durante todo este tiempo, Israel no solo no ha logrado terminar su «*trabajo sucio*», ni ha obligado a Washington a intervenir directamente en defensa de su aliado (durante las tres *rondas* de confrontación con Irán y en la que se enfrentó al Ejército yemení), lo que ha provocado un agotamiento significativo de municiones estratégicas --tanto que EEUU firmó apresuradamente un alto el fuego con Yemen--, sino que también ha creado una situación internacional sin precedentes.

El genocidio palestino, retransmitido en directo por internet, no solo ha provocado una ola de indignación global, especialmente significativa en los países que más apoyan a Israel, sino que --y este es el factor crucial-- ha puesto en apuros *al principal patrocinador* de Tel Aviv, incluso en su propio país. De hecho, es precisamente en EEUU donde este asunto ha provocado un importante cambio político (tanto para Trump como para Israel). Por un lado, las generaciones más jóvenes de judíos estadounidenses han rechazado en gran medida las políticas israelíes, lo que ensombrece la futura influencia de los grupos de presión judíos.

Por otro lado, especialmente tras el asesinato del joven líder conservador Charlie Kirk, han surgido importantes grietas incluso dentro del influyente grupo de presión evangélico sionista, al que pertenecía Kirk. Y, en general, la alineación de la política (e intereses) estadounidense con la israelí se enfrenta a un creciente descontento entre la base del MAGA (Hacer América Grande), fiel al ideal de «*[Norte]América Primero*». Y, por si fuera poco, todo esto se produce en un contexto de disminución general del apoyo a Israel en la sociedad estadounidense, mientras que la aprobación de la propia gestión presidencial ha caído a sus niveles más bajos.

La combinación de estos factores --la incapacidad de Israel para resolver militarmente la cuestión palestina, el drástico deterioro del apoyo internacional a Israel, el creciente descontento entre los países árabes amigos y la significativa disminución del apoyo a Tel Aviv en EEUU, en particular entre la base electoral de Trump-- ha conducido finalmente a lo que estamos presenciando estos días.

El plan de paz de Trump, a pesar de su presentación --diseñado para ocultar la realidad--, es precisamente otra repetición del mismo *formato* de siempre: salvar a Israel de sí mismo. En pocas palabras, la guerra en Palestina **debe** terminar. Y debe terminar porque Israel ha perdido, y Trump no quiere que EEUU sea arrastrado a la derrota.

En esto, y ya es evidente, queda claro que el mejor aliado táctico del presidente estadounidense es precisamente la resistencia palestina; ambos tienen la última palabra y ambos convergen para acorralar al régimen de Netanyahu. Netanyahu es tan confiable como una serpiente, por lo que los cimientos de un acuerdo no pueden basarse únicamente en su palabra. Se necesitarán garantías fiables, por lo que, en cuestiones de fondo, confíenlas a terceros creíbles. Indonesia, por ejemplo, podría ser un actor clave, tras haber ofrecido ya enviar una fuerza de interposición.

El proceso, en cualquier caso, apenas comienza, y los obstáculos no son pocos ni pequeños.

Pero es el contexto general lo que ofrece mayores motivos de esperanza. Ciertamente, no debe sobreestimarse, porque, a pesar de la retórica trumpiana habitual, este es solo un pequeño paso, aunque dramáticamente urgente, aún muy lejos de traer la paz a todo Oriente Medio. Las crisis libanesa y siria siguen sin resolverse, el conflicto con Irán sigue sin resolverse, y la cuestión de los territorios ocupados en Cisjordania queda fuera de cualquier posible acuerdo.

De hecho, son precisamente estas dos últimas cuestiones las que, dado el precio que Israel y Netanyahu tendrán que pagar, presentan los mayores factores de riesgo, pues podrían convertirse en el elemento compensatorio ofrecido a Tel Aviv. Aun así, podemos decir que hoy quizá se abre un rayo de esperanza para el atormentado pueblo palestino y, si este rayo de esperanza puede ampliarse lo suficiente, podría servir para sentar las bases de un proceso más amplio de estabilización en Oriente Medio.

Como se mencionó al principio, cuanto más se estanque esta crisis y avance hacia una resolución, al menos a mediano y largo plazo, más fuertes serán las conmociones que comenzarán a manifestarse en la sociedad israelí. El resultado de estas conmociones es actualmente impredecible, pero muy bien podría resultar en nuevos brotes de violencia. Después de todo, la propia existencia del Estado de Israel, en esencia, es un factor desestabilizador. Pero una cosa es segura, y es razonable suponer que pronto lo será visiblemente: sin ese 7 de octubre, nada de esto habría sido posible. Y sin duda es una de esas fechas que pasarán a la historia.

*GiubbeRossenews.it*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/dos-anos-la-historia-i>